

EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SÉRIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

Núm. 24.--Domingo 14 de octubre de 1849.

En provincias 15 rs. por trimestre.

ESTUDIOS FILOSÓFICO-SOCIALES.

ARTICULO II.

DE LA EDUCACION DE LA MUGER.



A comenzar nuestro primer artículo, manifestamos las grandes dificultades que esta interesante materia ofrecia para ser tratada con todo el aplomo y buen juicio que su importancia reclama. Hoy estamos en la misma persuacion, y de buena gana dejaríamos la pluma, si no hubiésemos contraído el compromiso de terminar nuestro proyecto ó de llevarlo hasta donde nos acompañen las fuerzas.

Decíamos en el número 22 de nuestro *semanario*, que siendo diferente la constitucion física é intelectual de ambos sexos, y diferentes las relaciones morales que les liga á la familia y á la sociedad, no podia ser su educacion la misma.

Si no abandonamos la naturaleza humana y la seguimos sin distraccion en su desarrollo sucesivo, no será tan difícil marcar la linea que separa la educacion del hombre y de la muger y la que conviene á cada uno de ellos.

Las niñas, casi desde que nacen, manifiestan deseos de andar bien vestidas, y no pierden ocasion de darlo á conocer en sus ademanes y en su charla continua. Los muchachos con dificultad pagan este tributo, pues prefieren entregarse á juegos de fuerza, y de agilidad y se cuidan poco de parecer desaseados.

Prescindiendo del origen de estas primeras inclinaciones, debemos convenir en que esta leccion no tiene nada de comun entre ellos.

Otras diferencias encontramos en los primeros gustos de ambos sexos. Los niños, por lo general, se aficionan á juegos de estrépito y de movimiento. La lucha, la carrera, las peonzas, tambores, juego de pelota, y otros de la misma naturaleza, llegan á ser en ellos casi un instinto. Las niñas desean mas los adornos: las sortijas, los espejos, las cintas, y sobre todo las muñecas, suelen ser el objeto de sus diversiones.

Examinemos una niña que pasa gran parte del dia

al rededor de su muñeca, mudándola continuamente de trage, vistiéndola y desnudándola una y mil veces, inventando sin cesar nuevas combinaciones de atavíos bien ó mal coordinados, nada importa: aun no hay destreza y agilidad en sus dedos, ni está formado el buen gusto, pero ya se descubre su inclinacion. Esta inclinacion primera produce sus primeros deseos. No se contenta con que le vistan su muñeca, quiere ser ella la que corte y cosa su vestido, la que haga su punto de encaje y su tocado. De este modo hallamos las primeras lecciones que conviene aprender.

Difícil es encontrar niñas de cuatro años que aprendan con gusto la escritura y la lectura. Tampoco suele ser la calzeta de su gusto. La aguja que sirve para coser el vestido, la pañoleta y prendido de su muñeca siempre suelen estar en sus manos. No es probable ni racional que abandonen esta primera inclinacion si se las sabe estimular con buenos ejemplos.

Abierto este primer camino es facil seguirle. La costura, el bordado y otras tareas mas difíciles deben sucederle.

Una vez que se hayan hecho progresos de importancia en todos estos trabajos, convendrá enseñarles el dibujo aunque no les sirviese mas que para saberse ataviar con mas gracia.

Siguiendo el principio de que nada se les debe enseñar, cuya utilidad no conozcan antes, convendrá no enseñarles demasiado temprano á leer y escribir. Pero una vez aprendida la lectura y escritura debe enseñárseles aritmética, pues en casi todos los momentos de su vida tendrán necesidad de valerse de ella.

Es preciso acostumbrarlas desde muy temprano á tareas continuas, pero de tal manera combinadas, que en lugar de aburrirse en su desempeño, se aficionen á ellas con gusto. De este modo se logrará librarlas de los dos defectos mas peligrosos, y de los que jamás sanarán una vez contraídos, tales son la ociosidad y la indocilidad.

Convendrá habituarlas á trabajar al lado de sus madres, pues con dificultad se sujetan á hacerlo con gusto al rededor de personas que no quieren. Para conocer sus verdaderos afectos, es indispensable estudiar sus acciones y no sus palabras; porque por mas cuidado que hayamos empleado en su educacion, suelen ser aduladoras, disimuladas y con facilidad ocultan

sus sentimientos. Uno de los defectos que mas se ha generalizado, es prescribirles que amen sobre todo á sus madres. El afecto, ni es ni puede ser hijo de la obligacion. El cariño y amor profundo que las madres profesan á sus hijos, la dulzura con que suelen corregir sus defectos, son suficientes para que los hijos les recompensen hasta con usura.

Las mugeres por ser muy estremada su sensibilidad, son exageradas en sus juegos y se entregan á ellos con un arrebató desconocido de los niños. Este defecto debe prevenirse y extinguirse por cuantos medios sean posibles, pues con el tiempo producen muchos vicios peculiares á este sexo, y entre otros el capricho, la inconstancia y las manías, por los cuales desechan hoy lo que ayer querian apasionadamente.

Una de las prendas que deben adornar á la muger, es la dulzura de carácter y una blandura á toda prueba. Precisadas desde sus mas tiernos años á obedecer la voluntad de un sér tan imperfecto como es el hombre, las mas veces lleno de vicios y defectos, es preciso que aprenda á padecer con resignacion hasta la injusticia, y á sufrir los malos tratos de un marido cruel. Les damos este consejo seguros que les servirá en provecho propio.

Nunca la acrimonia y la terquedad de las mugeres, dice un célebre escritor, paran en mas que en agravar sus culpas y el mal proceder de sus maridos, los cuales conocen que no son estas las armas con que han de ser vencidos. No hizo Dios á la muger persuasiva y alagüeña para que se tornara regañona; no la hizo flaca para que fuera imperiosa; no le dió una voz dulce, seductora y suave para decir denuestos; no le hizo, en fin, facciones tan delicadas para que las desfigurasen con la ira. Cada uno debe conservar su puesto. Un marido blando en demasía, no tardaria en hacer insolente á su muger; empero, á menos que el hombre sea un mónstruo, no resiste á la blandura y lágrimas de una muger que triunfa de él tarde ó temprano.

En el número próximo continuaremos esta materia.

Miguel Jorro.

PLACERES DEL CORAZON.

¿Es verdad lo que ver creo?
¿Fue un ensueño lo que ví
En mi loco devaneo?
¿Fue verdad lo que fingí?
¿Es mentira lo que veo?

Espronceda—El diablo mundo.

*—Cuando con tanto deseo,
cuando con tal frenesí
amor en tus ojos leo;

¿es verdad lo que ver creo?

**—¡Por qué no ha de serlo!.... Sí.

*—¡Oh ventura! yo deliro,
¡ah! repite por favor
que si á tu lado respiro,
que si con amor te miro,
para mí tienes amor.

*—Cuando muy lejos de tí
estaba soñando yo
que tú llorabas por mí;

¿fue un ensueño lo que ví?

**—¡Ah! no fue un ensueño, no.

*—¡Tú llorabas!

**—Sin cesar....

*—¡Pobre niña!

**—¡Te amo tanto!
que no te pude olvidar.

*—Si mas te pudiera amar,
te amara mas, por tu llanto.

*—Cuando en la guerra peleó
tan solo pensando en tí;
¿deseas cual yo deseo
en mi loco devaneo?
¿anhelas que vuelva?

**—Sí.

Un profundo sentimiento
en pos de tu imagen lanza
constante mi pensamiento,
y así menos largas cuento
las horas de la esperanza.

*—Cuando celoso creí
que si algun rival te mira
ya no pensabas en mí;
¿fue verdad lo que fingí?

**—No bien mio, fue mentira.

*—Si tanta felicidad
hoy siento á mi alrededor,
si vivo en la realidad,
no puede, no, ser verdad
que nadie muera de amor.

*—Cuando en un mar de placer
tu breve talle rodeo,
temo que no pueda ser:
¡tanto amor! ¡y eres muger!....
¿es mentira lo que veo?

**—No es mentira, no, gocemos
el influjo seductor
de la pasión que tenemos,
y anhelantes respiremos
siempre amor....

*—¡Tan solo amor!

M. de Castells.

PESCA NACIONAL.

ARTICULO V.



EMOS dicho ya que la pesca del *bou* encontró la mas terrible oposicion casi desde su origen, habiéndose puesto de parte de los opositores los particulares, las corporaciones, las autoridades y hasta los tribunales de justicia; pero que merced á diferentes reales órdenes, no se extinguió totalmente, aunque solo era permitida con el objeto de *abastecer las mesas reales* y las de algunos *régios favoritos*, en ciertas épocas del año, particularmente en tiempo de cuaresma, sin que el hambre, la desesperacion y la miseria de millares de familias se tomasen en cuenta.

Así las cosas, llegó el 8 de diciembre de 1817, y el gobierno que á la sazón oprimia á los españoles, oído el parecer del supremo consejo del Almirantazgo, prohibió absolutamente la pesca del *bou*. Los numerosos habitantes del Cabañal y Cañamellar, después de haber elevado en vano sus clamores al trono, y vendido todos sus muebles, se vieron reducidos á la mas deplorable indigencia y espuestos á una horrorosa epidemia. Pero entre tanto el cetro de hierro que entonces regia la nacion, no se contentaba con despreciar las súplicas de los infelices marineros, sino que haciendo á la vez alarde de la crueldad y de la mofa, mandó en 1819, saliese una *pareja de bou* para que *no careciese S. M.* de pescado fresco en aquella cuaresma. Y no paró aquí la crueldad del trotrono. El capitán general de la provincia, con anuencia del presidente de la junta superior de sanidad, con motivo de la referida real orden, permitió la pesca del *bou* para evitar la epidemia que, por efecto de la gran miseria de las clases pescadoras, se dejaba ya sentir en el Cabañal; y S. M. apenas tuvo noticia de esta humana y necesaria disposicion, la desaprobó y castigó á los directores de los gremios, cabos de matrícula y patrones de los barcos del *bou*, y lanzó la mas terrible y rigurosa prohibicion.

Como era consiguiente y natural, la peste y las calenturas pútridas se desarrollaron furiosamente en el Cabañal, haciendo estragos tan horrorosos que se temió fuesen contagiados los habitantes de la huerta y aun los de esta ciudad. Y si no sucedió así, fue por los grandes auxilios que facilitaron la junta municipal, la sociedad de amigos del pais y el cabildo eclesiástico, y por haber pedido con energía el restablecimiento de la pesca del *bou*, la única medida capaz de poner absoluto término á la peste. Tantas, tan repetidas y tan eficaces fueron sus súplicas, que por fin pudieron conseguir una real orden de 25 de enero de 1820, que permitía la espresada pesca por el tiempo de seis años. Real orden que hizo desaparecer

enteramente la epidemia, notándose desde entonces hasta nuestros dias mas animacion en el Cabañal y Cañamellar, mayor bienestar en los pescadores, y otros mil beneficios que todos tenemos ocasion de notar continuamente y mas en particular en la temporada de los baños.

Al llegar aquí, naturalmente ocurrirá á nuestros lectores hacer la siguiente pregunta: ¿Por qué se ha prohibido con tanta pertinacia la pesca del *bou*; por qué tiene tantos contrarios? Nosotros, que tambien nos hacíamos la misma pregunta, hemos procurado consultar la autoridad de hombres entendidos, y segun lo que hemos llegado á comprender, los que en todos tiempos han clamado contra dicha pesca, nada han probado, ni presentado hechos ni pruebas para que se pueda inferir ser perjudicial y destructora. El único argumento aducido por personas respetables contra el *bou*, es que segun la configuracion y particular estructura de los barcos, redes, y demas instrumentos que en él se usan, *coge á todos los peces, trastorna las crias y lastima á muchos de tamaño y de gusto*, resultando de esto la escasez de pescado en todos los parages donde se pesca al *bou*.

Este argumento, el mas fuerte y acaso el único que se presenta para contrariar la referida pesca, en nuestro concepto sirve de grande apoyo y defensa del *bou*. Y efectivamente, si este arte es el que mas pescado coge, no hay duda de que es el mas útil, puesto que ofrece mas abundancia y mas medios de subsistencia al hombre. Y en cuanto á que desbarata las crias y hace escasear el pescado, solo podemos contestar que un estado que tenemos á la vista, acredita por la mas constante esperiencia de mas de un siglo, que cuanto mayor número de parejas han salido al mar, tanta mas abundancia de peces ha habido en las playas; abundancia que ha ido siempre en progreso, que ha hecho prosperar á otra multitud de pescas, que ha duplicado los barcos de palangre y demas destinados á las mismas y cuadruplicado el número de marineros útiles para el servicio de la armada nacional.

Como el aserto que acabamos de dejar consignado necesita pruebas convincentes y hasta evidentes, será preciso, que apoyados en una autoridad digna del mayor crédito y contemporánea, tengamos presentes los siguientes datos: En ninguna parte ha sufrido la pesca del mar la gravosa contribucion del diezmo en *dinero efectivo*, como en esta mitra. El real patrimonio percibia el tercio de él, y lo restante el cabildo de la metropolitana. Interesadas las autoridades civil y religiosa en la utilidad de tan pingüe como tiránico impuesto, establecieron en el edificio de la Pescadería el empleo de *fiel credenciero* con título real, con el objeto de que llevase con exactitud la cuenta y razon de las arrobas de pescado que anualmente producía la pesca de mar, con distincion del de *bou* y del palangre. Esta puntualísima noticia servia de base en el arriendo, que por cuatrienios verificaban á pública subasta. Y era tan rígido el *fiel credenciero*, que á

ningun pescador le permitia llevar á su casa el pescado que cogia, ni venderlo en la playa, ni disponer de él, sino que desde el mar, via recta, y sin estraviarlo por calles ocultas, le obligaba á entregarlo dentro de las puertas y rastrillos de la Pescadería, en donde se pesaba por el arrendador y credenciero, y se le exigia el tributo del modo mas bárbaro y sin escasear tropelías, insultos y vejaciones. Las menores ocultaciones se castigaban con la pérdida total del pescado, multas pecuniarias y hasta con la confiscacion de barcos y jarcias; llegando al extremo de abusar del juramento, para que el pescador, durante el año, no variase de pesquera, ni estraviase la mas leve parte del fruto de su industria (1).

Por esta tan apoyada combinacion, llevada á efecto con tanto rigor, los ingresos en la Pescadería de esta ciudad son los infalibles productos de la pesca del *bou* y de las demas en estas playas; y de su comparacion por una larga série de años han de resultar necesariamente los efectos ventajosos ó perjudiciales que hayan causado el uso continuo de las parejas del *bou*. Efectivamente: segun una certificacion librada en 16 de julio de 1819, por el entonces *fiel credenciero* don Pedro Esteve, comprensiva de los ingresos desde primero del año 1792, en que salian al mar diez y seis parejas, hasta últimos de diciembre de 1818, en que llegaron al número de treinta y una, se prueba hasta la evidencia que en 1792 se pescaron en el *bou* 21,213 arrobas de pescado, en 1817, 37,724, y en algunos años intermedios pasó de 40,000. El palangre, que en el primer año, 1792, dió de ingreso 18,499 arrobas de pescado, en el último no pasó de 25,349, en algunos intermedios se igualó á los del *bou*, y en 1811 los escedió en 7,000 arrobas.

Se prueba tambien en la citada certificacion, que en 1818, que solo pescó el *bou* hasta primero de julio, por haber sido prohibido en dicho mes, como dejamos anteriormente consignado, faltaron á su producto anual mas de 20,000 arrobas de pescado, el palangre tampoco llegó á dar el de los años anteriores: y que en 1819, en que las parejas solo pescaron durante el tiempo de cuaresma, solamente cogieron 8,237 arrobas, y los palangres disminuyeron en mas de 10,000 de su producto.

Los datos verídicos que acabamos de apuntar, demuestran palpablemente que prohibida la pesca del *bou* se aniquilan las demas pesquerías. Y por haber sucedido así tuvieron lugar, durante las fatales y tiránicas prohibiciones, la epidemia, la desolacion y los estragos en el Cabañal y Cañamelar.

Aun hay mas: la razon y la experiencia acreditan que en las producciones del mar se observa la misma variedad, fecundidad y analogía que en las de la tierra; esto es, que á mayor número de brazos, á mayor aplicacion y laboriosidad, siempre la abundan-

cia de los frutos, ha sido en perfecta correspondencia, y que las mismas é iguales escepciones de esta regla general hay en las cosechas del mar que en las de la tierra, y nadie ha pensado siquiera en disminuir el número de labradores, ni en privarles de ciertas cosechas, ni de los útiles de su profesion.

En el siguiente artículo, en que procuraremos concluir este asunto, contestaremos á los demas cargos, que tan sin fundamento, se hacen á la utilísima y beneficosa pesca del *bou*.

Jaime Ample Fuster.

AMOR DE HERMANO.

NOVELA.

(CONTINUACION.)

VII.



stedes por aqui?—preguntó Leonardo saliendo de la alcoba.

—Sí, hemos entrado con el objeto de preguntar á Luis, qué tal habia pasado la noche, y ademas, para decirnos que tenemos preparado un almuerzo esquisito.

—Luis, tio mio, ha pasado bastante mal la noche, lo cual no es extraño despues de la dolorosa operacion que sufrió ayer. Sin embargo, sigue notablemente aliviado, y en este instante....

—Sí, estará aun durmiendo.

—Precisamente. Yo he entrado hace poco á darle un vaso de jarabe; le he encontrado dormido y no queriendo despertarle, me he recostado un poco sobre la cama y....

—Te has dormido tambien. Ya te he visto y no he querido molestarte. Y dime, Leonardo, cómo se halla Luis de....

—Un poco afligido, porque cree que los dedos cortados le harán suma falta para andar.

—No, no quiero decir eso; hablo de la cabeza.

—¿La cabeza?—preguntó Leonardo sorprendido.—En la cabeza no recibió Luis ninguna herida.

—Lo sé muy bien.

—Pues entonces, ignoro....

—Hablo del espíritu.

—¿Del espíritu?

—Sí, del espíritu, ó si quieres, de la inteligencia. ¿Has observado si desvaría aun?

—¿Cómo! no le entiendo á usted.

—Yo creía que habrias notado ya.... que Luis no está en su sano juicio.

(1) Reales ordenanzas de 18 de julio de 1761, artículos 17, 18, 21, 25, 26 y 31.

Leonardo prorumpió en una carcajada y en el mismo instante sonó otra en la alcoba.

—¿Te ríes?—preguntó don José á Leonardo.—¡Hola! ¿Y usted también, mala pécora?—dijo dirigiéndose á la alcoba y descorriendo las cortinas.

—También yo, respetabilísimo tío, también yo. ¿Cómo quiere usted que no ría oyendo esa gratuita calificación con que usted me favorece?

Y empezó á reír de nuevo.

—Vamos—dijo cuando la risa le permitió hablar—soy un hombre dichoso. Apenas pisé el suelo de la isla, me anuncian el casamiento de mi hermano, es decir, el último disparate que puede hacer un hombre: medio repuesto del susto que me causa esta noticia, se me desboca el caballo, caigo en tierra, me hiero en la pierna y me despachurro dos dedos; me curan.... ¿pero de qué modo? dejándome ocho dedos en vez de diez. Y cuando pensaba en lo delicioso y pintoresco que debe ser andar por las calles apoyado en muletas, oigo á mi caro tío que con una frescura admirable me califica de loco. Es cosa de morir de risa.

—Bien, Luis, muy bien; ríe, ríe cuanto quieras, que no por eso me volveré atrás en lo que he dicho.

—¿Conque persiste usted en creer que estoy falto de juicio?

—Sin duda que sí.

—¿Y en qué se funda usted?

—En muchas cosas que no diré....

—Ni yo debo saberlas. Solo deseo que me conteste usted á una pregunta. Si efectivamente estuviera loco, ¿qué habría sido de Carmen cuando se desbocó el caballo? ¿Hubiera arriesgado mi existencia por salvarla?

—¡Oh! ¡oh! en cuanto á eso....

—No puede usted contestarme nada, porque mi argumento es concluyente. Confiese usted, pues, que ha andado con sobrada ligereza en el desfavorable juicio que ha formado usted de mí.

—Yo confieso que.... ¡Ah! espera; veamos antes qué dice á eso mi Carmen. Ven, hija mía, ven y contesta á Luis.

Carmen se acercó, pero manteniéndose á bastante distancia de la alcoba.

—Yo papá ¿qué quiere usted que diga?

—Dí á Luis si está ó no en su sano juicio.

—No creo—dijo Luis—que Carmen sea de la opinión de usted.

—Yo creo—replicó don José—que Carmen será de mi opinión.

—Diga; pues, mi prima su parecer.

—Pero papá, pero primo, yo no soy médico, contestó Carmen un poco turbada.

—No importa—repuso don José.

—No te detengas por eso, Carmen—dijo Luis.—

Las mugeres teneis cierta penetración que suple vuestra falta de ciencia, y tú—sin adularle—posees

esa penetración en grado eminente.

—Pues bien, ya que me exigen ustedes que hable, diré que Luis....

—Ahora verás—dijo don José á Luis con aire triunfante.

—Digo, pues, que Luis—continuó Carmen—está tan cuerdo como nosotros.

—¿La oye usted?—dijo Luis á su tío—está usted completamente derrotado.

—Oiga usted, señorita—dijo don José á su hija—¿no era usted hace poco de mi opinión?

—Antes tenia, para creerlo así, ciertas razones que Luis ha destruido con las suyas.

—¿Y puede saberse cuáles eran esas razones?—preguntó Luis.

—¡Oh! no, Luis, no te las diré—replicó Carmen con viveza.

—¿Y por qué, prima?

—Porque.... porque.... no puedo.... no debo decirlas.

—Las sé, Carmen—dijo Luis con amargura—las he adivinado. Sin duda las palabras que pronuncié cuando corría desbocado nuestro caballo, hicieron que....

—¡Luis! ¡Luis! demos al olvido lo que nunca debieras haberme dicho.

—Olvidado será—replicó Luis con desdén.—¡Ah! las mugeres....—y bajó la cabeza con profundo abatimiento.

—¡Luis!—esclamó Carmen con voz conmovida y dando un paso hacia la alcoba—yo te....

La voz espiró en sus labios y sus pies se quedaron como clavados al pavimento. Despues sus piernas vacilaron, y se dejó caer en una silla próxima murmurando: «¡No me ama!»

En tanto que se cruzaban entre Luis y Carmen las últimas palabras, Leonardo se había sentado junto á una mesa que estaba inmediata á la alcoba y se entretenia en hojear los papeles de una cartera.

Don José se habia alejado de la alcoba y, apoyado en el alfeizar de una ventana, miraba al campo.

Los cuatro personajes, pues, que habia en la habitación, estaban silenciosos.

Así continuaron algunos instantes.

Don José fue el primero que interrumpió el silencio.

—Espera, Perico—dijo sacando medio cuerpo fuera de la ventana—¿qué llevas ahí?—¿Dos perdices? Bien, muy bien.—Oyes, ¿cuánto te han costado?—¿Cinco reales? Pues son baratas. ¿Y de dónde son?—¡Ah! de la Fuen-García, mejor que mejor; las perdices de la Fuen-García tienen una carne mas delicada que las otras.—Mira, Perico, yo quisiera que sirvieran para el almuerzo.—Sí, hombre, sí; aun no son las nueve, y hasta las once....—Llama á Josefa para que te ayude á pelarlas.—

Ahí mismo; espera y te ayudaré también.

Y separándose de la ventana llamó á su hija.

—Cármén—la dijo—vámonos, que ha comprado Perico unas perdices y quiero ayudarle á arreglarlas.

Cármén se levantó y salió con su padre.

Leonardo siguió hojeando los papeles de la cartera.

Luis permaneció con la cabeza inclinada sobre el pecho.

VIII.

Cuando Leonardo terminó su lectura se acercó á Luis que continuaba del mismo modo que indicamos en el anterior capítulo.

—Luis—dijo—¿eres aficionado á la poesía?

Luis levantó la cabeza y miró á su hermano.

—¿Por qué me haces esa pregunta?—contestó.

—He visto unos manuscritos que contiene tu cartera y he leído en ellos algunos versos que me han gustado bastante. ¿Son tuyos?

—Sí, los escribía en mis momentos de ocio. Dámelos, que quiero rasgarlos.

—Eso no lo permitiré.

—Dámelos, Leonardo, dámelos por Dios. Quiero hacerlos trizas para que nunca vuelvan mis ojos á fijarse en ellos.

—¿Y á qué viene ese encono con los versos? ¿Qué daño te causan?

—¡Oh! me han causado mucho y me causarán cada vez que los lea, porque su lectura despierta en mi alma recuerdos de hiel.

—¿Qué oigo! ¿Has sufrido y no me has contado tus sufrimientos? ¿En qué consiste eso, hermano mio? ¿No merezco ya tu confianza? ¿no me amas ya, Luis?

—Sí, Leonardo, sí—contestó Luis con efusión—siempre te he amado, y ahora te amaré aun mas que antes, porque solo tu amor puede volver á mi pecho su perdida calma. Solo tú has sido constante en tu cariño hácia mí.... ¡Ay! si me hubieses acompañado á España, hermano mio, ¡cuántos dolores me hubieras evitado! ¡cuántas lágrimas no hubiera vertido!

—¿Conque has sufrido, conque has llorado, y no has acudido á tu hermano, y no me has dicho nada? ¿Y quién te ha hecho padecer? Cuéntame, cuéntame tus penas.... ¿quién mejor que un hermano puede oirlas? Y yo no solo soy tu hermano, soy para tí un padre cariñoso. Los nuestros al morir te encomendaron á mi cuidado.... ¡eras tan niño cuando murió nuestra pobre madre! ¡Con cuántas instancias me encargó que velara sobre tí! Si he cumplido su encargo, tú puedes decirlo mejor que nadie; bien sabes que tus deseos los he preferido siempre á los míos; bien sabes que nunca, nunca por mi causa has derramado una sola lágrima, y bien sabes, en fin, que no hay sacrificio que

no emprenda gustoso, si ha de contribuir á tu felicidad.

—¡Ah hermano, querido hermano!—esclamó Luis, echando sus brazos al cuello de Leonardo—¿cómo podré pagarte tanto cariño?

—Con decirme lo que te ha sucedido en la Península.... porque no hay duda que te ha acontecido alguna cosa notable, á juzgar por lo que ha variado tu carácter.

—Conque también tú, crees como nuestro tío, que....

—No pienses en eso; ha sido uno de sus caprichos, y yo, querido Luis, estoy muy lejos de hacerte tal injuria. Pero dejemos esto y hablemos de lo que nos interesa. Como antes decia, he observado una notable modificación en tu carácter. Cuando fuiste á España, tu genio era dulce y un poco melancólico; ahora veo con tristeza que se ha vuelto áspero y algo burlon. Horas hay que te entregas á una alegría estrepitosa para caer despues en una profunda melancolía; á veces el entusiasmo—tan propio en la juventud—te hace pronunciar tiernas y consoladoras palabras que manifiestan un alma noble y elevada; y á veces también, el escepticismo—que ignoro si es verdadero ó fingido—te dicta otras que revelan un corazón sin creencias. Estoy muy lejos de pensar que el tuyo no las tiene: ¡seria dudar de Dios, pensar que el escepticismo tenia cabida en un corazón de veinte años! Yo creo mas bien que el sufrimiento te hace decir lo que no puede dictar tu corazón, porque, á despecho de tus palabras, leo en tus ojos y en tu frente, que tu alma es siempre la misma.... siempre pura y generosa. Solo así puedo comprender esa mezcla de tristeza y alegría, de duda y esperanza, de aspereza y dulzura, de lágrimas y sonrisas, que he observado en tí desde tu llegada.

—¡Ay!... ¡sí!... me has comprendido, hermano!—dijo Luis arrojándose de nuevo en los brazos de Leonardo.

—Pues bien, cuéntame tus penas, Luis, que quien ha sabido adivinar lo que pasa en tu pecho, también sabrá devolverle su tranquilidad.

—Sí, sí, te lo contaré todo.... Escúchame. El año anterior pasé las vacaciones en Cádiz; allí conocí á una señorita de Sta. Cruz de Tenerife y la amé, hermano mio, la amé con el fuego y pureza del primer amor. ¡Era tan hermosa, Leonardo! ¡Tan hermosa y tan buena, que era imposible verla y no amarla!

—¿Y correspondió á tu amor?

—Aunque no me dijo nunca que me amaba, en sus palabras, en sus ojos, y en sus acciones, se conocia que no le era yo indiferente. Mas despues, Leonardo, observé en ella un cambio extraño; sus ojos evitaban mis miradas, con tanto cuidado como antes las buscaban, y si alguna vez se volvian á mí, era con una indiferencia glacial, mil veces

peor que el desdén.—El desdén de una mugre querida, asesina; pero su indiferencia mata lentamente.

—Debias haberla pedido esplicaciones.

—En vano lo intenté; siempre se mostró altanera y reservada. Verdad es que en cierto modo mis quejas eran infundadas y aun ridículas, porque, como he dicho antes, nunca me dijo si me amaba. De este modo seguimos ambos por espacio de cuatro meses; ella fría, cuanto yo apasionado; ella indiferente, y yo muerto de amor.—¡Amor! ¡amor! dios de la juventud, ídolo mentido, yo te elevé un altar en mi corazón para adorarte; buscaba en tí la felicidad y he encontrado la desdicha; buscaba flores, y he hallado espinas. Eres el suplicio de Tántalo, porque tenemos sed de tí, y huyes al querer satisfacerla. Eres el buitre de Prometeo que devora nuestras entrañas, porque semejantes á él, ansiamos en la tierra el fuego celeste que robó á los dioses. No eres ¡oh amor! lo que pensaba, y por eso he roto el altar en que te rendía adoraciones.

—No hables así, Luis; esas palabras suenan muy mal en tus labios. ¡Maldices el amor á los veinte años.... en la edad en que vivimos por el amor y para el amor?.... Eres injusto con él, hermano.

—¡He sufrido tanto por su causa!

—¿Y no has podido saber la causa del desvío de esa muger?

—Nada: he pensado mucho sobre eso, y todas mis conjeturas han sido estériles. Algunas veces me ha ocurrido un mal pensamiento; he recelado de un amigo que yo presenté en su casa.... ¿pero qué podía decirle de mí?.... Ciertamente es que nadie está libre de una intriga.... pero ella, ella debía haberme escuchado antes de creer sus imposturas.... porque solo imposturas pudo decirle, si es que la dijo algo malo de mí. Bien sabia ella cuánto la amaba.... ¡ay! mi amor era una adoración continua. Acerca esa cartera, Leonardo, y busca un cuadernito que se titula «*Meditaciones*».

Leonardo hizo lo que su hermano le decía.

—Ya lo he hallado.

—Pues bien, ese cuaderno encierra la historia de mis amores; ábrelo y lee en cualquiera de sus páginas.

Leonardo le abrió y leyó: *Mírame siempre así.*

—Ese es—dijo Luis—el título de una de sus composiciones: lee esa misma, y en voz alta para que yo te oiga.

Leonardo leyó lo siguiente:—

«Tus ojos se han fijado en mí, y en tu mirada me ha parecido ver que no te soy indiferente.

«Tal vez sea un error de mis sentidos, acaso una ilusión de mi mente, pero no importa, yo deseo que esa ilusión no me abandone, porque ella me hace feliz.

«Mírame siempre así, vida mía!

«Yo no he podido sostener tu mirada, porque tu mirada es de fuego. A pesar mío, he bajado la vista y aun así el fuego de tus ojos llegaba á mi corazón.

«¿Qué hay en tus ojos que tanto me intimidan?

«No es su córnea luciente, no su radiante pupila, no sus sedosas pestañas, lo que ha hecho bajar mis párpados.

«Yo he leído en tu mirada un poema, un poema de amor y de ternura. Yo he conocido en ella la esencia purísima de tu alma.... y he bajado la vista al pensar en mi atrevimiento en amarte.

«Pero no importa, ¡mírame siempre así, vida mía!

«Aliénteme tu mirada, y me elevaré á tu altura.

«Tus ojos vierten poesía; mírame y seré poeta.

«Tus ojos vierten religión; mírame y pulsaré el arpa de David.

«Tus ojos vierten amor; mírame y pulsaré la lira del Petrarca.

«Vuelve hacia mí tus ojos y beberé en ellos la inspiración.

«Vuelve hacia mí tus ojos, y su fuego divino encenderá en mi alma la antorcha de los pensamientos elevados.

«¡Mírame, mírame siempre así, vida mía!»

—En esas solas líneas que has leído—dijo Luis cuando Leonardo concluyó de leer—conocerás cuán puro, respetuoso y entusiasta era mi amor. Esa muger con el suyo hubiera hecho de mí un poeta; su indiferencia me hace aborrecer la poesía; su amor hubiera inundado mi alma de felicidad; su desvío la ha sumergido en un abismo de amargura. Un año ha transcurrido, la ausencia nos ha separado, y á pesar de eso su imagen está en mi corazón y su recuerdo en mi memoria. La amo, la amo con el mismo fuego que el primer día, y no puedo vivir sin su amor.

—Vivirás, sin embargo, y lo que es más, sin él. Nosotros en la juventud no comprendemos la vida sin el amor;—amamos, no somos correspondidos, y deseamos morir. Invocamos la muerte, y la muerte se muestra sorda á nuestros ruegos.

—Yo no la invoco, hermano, yo digo solo que no podré vivir sin su amor.

—Aunque ahora dices eso, día llegará en que dirás otra cosa.

—¿Crees, pues, que yo podré olvidarla?

—Lejos de mí tal idea: el primer amor se olvida, pero la primera muger querida, nunca. Lo que yo digo es que vivirás.... ¿es necesario ese amor á tu existencia? No, aunque pretendes que sí. Olvidalo, pues, que no te faltarán otras afecciones más puras y más santas que la que has perdido. Tienes el cariño de nuestro tío y de nuestra prima, y el amor, nunca desmentido, de un hermano que se desvela por tu felicidad. Aquí todos somos dichosos: tú lo serás también y olvidarás esa pasión que en mal hora se encendió en tu pecho. Debes olvi-

darla, y la olvidarás.... ¿Cuánto mas vale el cariño de la familia que el amor de una muger? Este es esclusivo y egoista, aquel desinteresado y tolerante; el amor de muger enciende y devora, mientras el cariño de un padre ó de un hermano, calienta y no quema.

—¡Ah! si yo pudiera....

Luis fue interrumpido por un ruido y algazara que sonaba en la escalera. Oyéronse pasos, voces y risas, y entre aquel rumor la voz de Joaquina que llamaba á Leonardo.

Al oirla Luis se estremeció.

Leonardo observó su estremecimiento y preguntó á Luis.

—¿Qué tienes, hermano?

—Es su voz.... es la voz de ella.

—¿De quién, Luis?

—De la muger que yo conocí en Cádiz. ¿Quién es.... quién te llama?

—Tranquilízate, no es quien tú piensas. Es mi prometida que viene de Octava en compañía de su padre. Vienen para firmar esta noche los esponsales. ¿No te lo he dicho ya?

—No, no me has dicho nada.

—Ha sido un olvido involuntario. Voy á su encuentro. En tanto te vistes tú y despues te presentaré á ellos. ¡Oh! ya verás cuánto te gusta mi futura.... ¡es tan hermosa y tan buena! Conque, adiós; vístete y luego entraré por tí.

Leonardo salió de la habitacion, y Luis saltó de la cama.

Pedro Pruneda.

(Se continuará.)

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

NUEVOS CONCIERTOS POR EL SEÑOR Y LA SEÑORITA BIANCHI.—UNA MARAÑA Ó JUZGAR POR LAS APARIENCIAS, comedia en dos actos.—HIMNO A S. M. POR EL SEÑOR ESCORIHUELA, POESIA DEL SEÑOR ZAPATER.—INTRODUCCION DE HERNANI, POR EL SEÑOR HORDAN Y COROS.



Los mágias se han disputado esta semana el privilegio de atraer la concurrencia, todavía poco dispuesta á disfrutar los placeres de una estacion que trae por imprescindible cortejo hojas secas, ilusiones perdidas, inconstancia de temperatura, amagos de miseria y deseos de asociacion. La mágia de los mamarrachos y las tramoyas ha dado muy buenas entradas, sin que para divertir á la gente haya sido de necesidad que los cordeles disimulasen su natural volumen, ni que los actores se mantuviesen siempre dentro de los limites de su papel. ¿Quién no tuviera los manoseados *Polvos de la madre Celestina* para decir todo lo que á uno se le antojare, siquier fuese con

menos gracia que el Sr. Fernandez! En cuanto á la mágia musical, verdadero hechizo del alma artística, escuchad el arco de Bianchi, y él os traerá al corazon recuerdos, inspiraciones, ideas truncadas, pensamientos desconocidos, frases simbólicas de una lengua ideal que solo comprenden la fantasia y el entusiasmo. La variedad de tonos y de matices que produce la mano derecha de aquel concertista ofrece siempre, á cada momento, en todo punto, los colores y medias tintas que le piden los dedos de la izquierda, no tan ricos de ejecucion en nuestro sentir, si bien su atrevida agilidad traspasa las esferas de la mediania. *Beatrice di Tenda*, *Giulietta* y *Norma*, cantadas y acompañadas con solo las cuatro cuerdas de un violin, serian otras tantas víctimas coronadas de arpeggios y *pizzicatos*, si Bianchi no identificase su flexible arco con el espíritu romántico de Bellini que parece acompañarle constantemente en sus movimientos sobre el diapason; así, y no de otro modo, el oido satisfecho comprende la dificultad vencida, y el corazon gratamente conmovido aplaude á un tiempo la melodía y el arte, la creacion y la expresion, la poesia y la versificacion, mas claro, el triunfo sobre lo ideal y lo material.

Tambien la Sta. Luisa Bianchi ha querido recomendar los aplausos debidos al mérito de su padre, logrando una brillante aceptacion en las cavatinas del *Barbero de Sevilla* y *Atila*. Ciertamente, la linda y simpática figura de la graciosa jóven presta á su suave voz un atractivo que el público fue el primero en seguir, cubriendo de flores la escena donde fue llamada la temprana cantante á recogerlas.

No ha sido tan feliz la compañía de declamacion al representar la nueva comedia: *Una Maraña ó juzgar por las apariencias*. Vuélvase la oracion por pasiva, la tela por el revés, lo de arriba á bajo, y nos hemos entendido perfectamente. Esceptuando al señor Vico, y su papel, ¿qué es tan intrincada maraña? un saineton, y no de los de la Cruz. Pero pues murió, seále la critica ligera como la ejecucion fue pesada.

¿Y la funcion del 10? amigo lector, fue muy concurrida; se cantó con aplauso un himno del Sr. Escorihuela, se arrojaron versos como en otro tiempo mas feliz se arrojaban monedas; el Sr. Hordan lució su bella voz en la cavatina de *Hernani*, los coros le secundaron débilmente, y las Sras. Gimenez y Andrés con el Sr. Fernandez, desempeñaron bastante bien su cometido en la *Condesa de Sennecey*.

Por lo visto, las dos mágias que nos introdujeron en este artículo, son las únicas áncoras de la nave teatral; y es claro. Esto de la música y las tramoyas son cosas que las trae el tiempo, y cuidado que no hay personaje de mas conciencia, ente mas real, testigo mas fidedigno, juez mas implacable, ni poder mas fuerte.

C. Pascual y Genís.

Imprenta de D. José Mateu Garin.